

# La República en el recuerdo: de la realidad a la esperanza\*

JUANA DOÑA JIMÉNEZ  
Militante antifranquista

*No necesito recordar la República porque la República  
es una constante en mi vida, vive siempre en mí.*

Ángel González en *Recuperando Memoria*,  
concierto homenaje a los republicanos y las republicanas.

*Lo máspreciado que posee el hombre es la vida, se le otorga una sola vez, y hay que vivirla de forma que no se sienta un dolor torturante por los años pasados en vano, para que no queme la vergüenza por el ayer vil y mezquino, y para que al morir se pueda exclamar: ¡Toda la vida y todas las fuerzas han sido entregadas a lo más hermoso del mundo, la lucha por la liberación de la humanidad!*

Nicolai Ostrovski

Cuando se proclama la República, yo tengo trece años, por lo que mis recuerdos de esos momentos pertenecen al orden de las emociones más que al de las reflexiones políticas<sup>1</sup> que, claro, llegaron más tarde y con ayuda, también, del amor: Eugenio Mesón, mi marido, que también fue mi más firme camarada y guía político<sup>2</sup>. Recuerdo a algunas vecinas del barrio cantando aquello de «Que no se ha *marchao*, que le hemos *echao*». La Segunda República hizo a las mujeres ciudadanas, con voz y derechos reconocidos en la Constitución. Seguimos aten-

---

\* Transcripción y notas de Alicia Martínez.

<sup>1</sup> En el prólogo a *Gente de abajo* (Madrid, AZ Ediciones y Publicaciones, 1992, p. 7), Manuel Vázquez Montalbán dice: «Perdonen que me ponga en plan de escalafón, pero Juana Doña es la segunda dama del movimiento comunista español. Si convenimos en reservar la primera plaza a Dolores Ibárruri». Es curioso que estas dos damas, de un gran rigor ideológico, opinen respecto a la memoria algo muy similar, ya que *Pasionaria* escribe en sus memorias: «Dicen que la memoria de la mente suele tener fallos. La memoria del corazón no», *El único camino*, México, Ediciones Era, 1963, p. 124.

<sup>2</sup> Juana Doña escribe en *Querido Eugenio* (libro que preparaba cuando dio esta charla y publicado en Lumen): «Sí, mi vida, fuiste mi guía. Tu sabiduría me parecía que venía de muy lejos. Habías ingresado en la Juventud Comunista en el otoño del 32, yo, en enero del 33. Esos escasos meses del otoño al invierno del siguiente año me agigantaron tu figura. Viví contigo muchas horas de lucha en la calle, en reuniones inacabables para organizar nuestra actividad en la casi incipiente JC. Nos hicimos inseparables como camaradas y amigos, y supe que aquella sabiduría era innata en ti» (pp. 84-85).

tamente el debate que hubo en el Congreso el 30 de septiembre y el 1 de octubre de 1931 entre Clara Campoamor y Victoria Kent, y todas estábamos con Clara, naturalmente, porque ella defendía el derecho de la mujer al voto, aunque respetábamos mucho también a Victoria Kent, una mente privilegiada y que, además, fue la defensora de los militares sublevados en Jaca, pero, de corazón, estábamos con Clara que, además, era de clase obrera, como nosotras, lo que nos la hacía mucho más cercana. Y también recuerdo las discusiones en las calles a causa del mencionado debate. Clara Campoamor, diputada por Madrid, defendía ardientemente el sí en contra de la opinión de Victoria Kent, que pensaba que, si se le daba el voto a la mujer, ganaba la derecha seguro. Yo me sentía más cercana a la tesis de Clara Campoamor, claro, porque es que además ella había sido modista, dependienta, empleada de telégrafos y maestra antes de ser diputada y yo la sentía más cercana a nosotros. Sigo considerándola más cercana.

Yo había nacido en la calle del Espino, entre la glorieta de Embajadores y la plaza de Lavapiés, y muy cerca de las rondas (la de Toledo y la de Valencia). En aquel entonces, la zona estaba constituida por gente pobre y muy pobre; las prostitutas nos rodeaban por las viejas callejuelas. Uno de nuestros juegos de niñas, precisamente, era observarlas y contar con cuántos hombres entraban al día. Cada una de nosotras habíamos «elegido» a una y nos sentíamos muy orgullosas cuando ésta ganaba por número de clientes. Claro que entonces no éramos conscientes de la violencia ejercida sobre estas mujeres, ni del porqué. Mi conciencia feminista llegó bastante después. El barrio era, también, una de las zonas más industrializadas de Madrid, ya que allí se ubicaban grandes fábricas: la de Tabacos, la de las bombillas Osram, cervezas El Águila y Mahou, la Standard... Podéis imaginar, entonces, que todo el vecindario era obrero, y casi todos vivíamos en las corralas típicas de la zona, en un hacinamiento y promiscuidad tan evidente que, visto desde ahora, me produce escalofríos. Y, no sé porqué, también cierta añoranza. Será porque era el tiempo de la gracia y de la inocencia, todavía nadie nos había traicionado, el horizonte surgía inmaculado ante nosotros.

En mi calle había un chaval a quien llamaban Emilito *el Comunista*, que vendía *Mundo Obrero*. Lo curioso es que Emilito entraba en sitios de «gente importante», «gente de alto copete», el Café Gijón, el Comercial y la Gran Peña, y les decía: «A ver, burgueses, ya está aquí la clase obrera, sacad los reales». Y los burgueses se lo compraban. Claro, yo, con trece años, no tenía ni idea de lo que era ser comunista, así que un día le dije: «Emilito, a ti ¿por qué te llaman “el Comunista”?»; y él me contestó que le llamaban así porque era un paria que defendía a los obreros. Esa palabra, «paria», ya la había leído yo en un libro que mi padre tenía en la mesilla y que yo pensé que era de versos, pero que eran las letras de *La Internacional*, *Joven Guardia*, *la Marcha Fúnebre*... Así que le volví a preguntar a Emilio: «¿Y qué son los *parias de la Tierra*?» «Los parias de la Tierra son los más pobres de todos los pobres. Cuando un pobre tira una cosa que ya no le vale, la coje el paria.» «¿Pero pobrecitos! ¿Y tú estás con los parias? Pues yo también quiero estar con los parias.» Me hice comunista de golpe, me hice comunista porque empecé a leer ávidamente y aprendí lo que eran unas clases y lo que eran otras, y me hice comunista. Y así hasta hoy. En 1933 ingresé en la Juventud Comunista y empecé a asistir a las reuniones, a unas reuniones inacabables para organizar aquella Juventud Comunista que empezaba; y, lo que son las cosas, en el barrio empezaron a llamarme «Juanini *la Comunista*», ya éramos dos: Emilito y yo. En poco tiempo, era la más comunista y la más sectaria de la zona. También conocí a Eugenio Mesón, mi marido. Así que aquel chaval, al que en el barrio llamaban *el Manías* porque tenía dos tics, darse con el talón en el muslo y mojarse con el dedo corazón la oreja, fue el «culpable»

de que yo conociera a Eugenio Mesón y de que entrara en el Partido Comunista. Por cierto que a Emilito lo mataron en el Cuartel de la Montaña en los primeros días de la guerra<sup>3</sup>.

Eugenio y yo nos subíamos a las farolas y a los bancos de los paseos de las rondas para dar «mí-tines relámpago» (relámpago porque había que decir lo necesario antes de que llegaran los guardias), y podía más la vehemencia de nuestra voz que las palabras pronunciadas. A veces, eran los propios obreros los que me bajaban a paraguazos para que no lo hicieran los guardias con métodos más contundentes. Dábamos clases de alfabetización en las fábricas y asistíamos a todas las reuniones de la Juventud del Partido Comunista. Nuestras reuniones siempre las acabábamos cantando *La joven guardia*; entusiasmados, no sabíamos hasta qué punto era premonitorio:

Somos la joven guardia  
que va forjando el porvenir  
nos templó la miseria  
sabremos vencer o morir.

Noble es la causa de librar  
al hombre de su esclavitud,  
quizá el camino hay que regar  
con sangre de la juventud.

Empecé a trabajar en el Comité Central del PC y de ahí me enviaron a la Agrupación de Mujeres para crear los Comités de mujeres contra la guerra y el fascismo. En noviembre de 1933 hubo elecciones y ganó la derecha, con la CEDA dirigida por Gil Robles como cabeza visible de latifundistas, banqueros, burgueses y toda la derecha, incluida la Falange de José Antonio Primo de Rivera con tufo mussoliniano. Ya se oían en Alemania los tacones hitlerianos. Fueron dos años terribles, que han pasado a la historia con el nombre de *bienio negro*. Lo fue. En octubre de 1934, con todo el caldo de cultivo anterior, estalla el movimiento revolucionario de los mineros asturianos y todo el pueblo asturiano con ellos. Nosotros sufrimos mucho al ver que los asturianos estaban solos cuando se pactó el acuerdo para una huelga general revolucionaria en toda España. Para sofocar la revuelta envían a un militar de reconocida solvencia ya por entonces: Francisco Franco, el *africanista*. La represión fue brutal. Los mineros no eran fáciles de rendir y el Ejército actuó de manera salvaje. Siete columnas fueron organizadas contra los sublevados, que resistían en la zona minera<sup>4</sup>. Hubo 1.051 mineros muertos y 4.000 encarcelados. Nosotros, la Juventud Comunista, tuvimos nuestra primera heroína, Aida Lafuente<sup>5</sup>, que, con diecisiete años, queda a cargo de una ametralladora a la entrada de Oviedo, deteniendo el avance de los fascistas, para dar tiempo a la retirada

---

<sup>3</sup> María Teresa León escribe en *Memoria de la melancolía* (Madrid, Castalia, 1998, pp. 127-128): «Yo recordaba dentro de mí que Gorki había escrito unas palabras sobre el cuento que escribí una mujer española [la propia María Teresa León]. Se llamaba “El barco”. Contaba yo en él la historia verdadera de un niño que cruzó media España para llegar hasta el mar a ver un barco soviético, el primer barco soviético que llegaba a un puerto de España. Contaba que cuando el niño llegó a la raya del mar, el barco levaba anclas y solamente quedaba en el horizonte una raya de humo... Aquel niño se llamaba o lo llamábamos el “Manías”. Era el muchachito tonto que vendía a gritos *Mundo Obrero*. Un día que nos gritó: “¡Salud, camaradas!”; yo le pregunté: “¿Tienes madre?”. El niño me contestó, feliz: “No, tengo tía” [...]. Doblaban las campanas llamando a la defensa de la libertad española. El Manías corrió hacia el Cuartel de la Montaña. El Manías, el niño que cruzó España para ver el primer barco soviético, cayó, muerto, en el Cuartel de la Montaña. ¡Salud, camarada revolucionario!».

<sup>4</sup> «Las dos columnas encargadas de “apaciguar” Oviedo estaban mandadas por los tenientes coroneles Yagüe y Sáenz de Buruaga respectivamente. La columna que iba sobre Pola de Siero, por el coronel Aranda; la de Grado, por el teniente coronel Ayuso; la de Sama de Langreo, por el coronel Solchaga; la de Mieres, por el teniente coronel Lafuente y la del valle del Narcea, por el teniente coronel Ceano» (Dolores Ibárruri, *op. cit.*, p. 160).

<sup>5</sup> R. González Tuñón en *La rosa blindada*; Pla y Beltrán en *Voz de la tierra* y Serrano-Plaja en *Destierro infinito* dedican poemas a Aida. Pero también es una tonada popular en Asturias: «[...] Cola sangre que vertisti / na to rexón asturiana / ha de ser de los mineros / la bandera proletaria [...]» (recogido por el grupo Xana y Fernando de la Puente de Encarnación Ruiz, nacida en 1916).

de los mineros. Entonces se organizó una campaña de solidaridad con el pueblo asturiano. *Pasionaria* y Catalina Salmerón crearon Pro Infancia Obrera para acoger a los niños que habían perdido a sus padres en la revolución. Mi madre participó con otras camaradas en la formación de un taller para hacer ropa de invierno. Era una pequeña sala con cuarenta y dos máquinas de coser Singer. Los niños asturianos fueron repartidos en hogares de Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla y algunos sitios más. Mi madre se involucró totalmente con la lucha de aquellos mineros, abandonados a su suerte. Ella era una mujer entera, que conseguía siempre lo que quería por el simple hecho de que estaba tan convencida de que tenía razón y de que lo que hacía era lo justo que era capaz de vencer a los demás. Un día llegó a casa acompañada de tres hombres con aspecto de mendigos, sucios, demacrados, con cara de hambre y miedo. Al ver a Eugenio, dijo: «¡Mesón, qué bien que estés aquí!». Y mirando a los hombres añadió: «Es un dirigente de la Juventud Comunista y ésta es mi hija, la que os he dicho que es comunista». Era orgullo, pero era también decir a aquellos hombres que no temieran, que estaban en lugar seguro. El caso es que aquellos tres mineros asturianos habían llegado a la frutería que mi padre tenía en el mercado de la Paz y, muy bajito, le habían preguntado a mi madre si no tendría un plátano para darles, que tenían mucha hambre. Claro, el acento les delataba. Total, que mi madre los trajo a casa, nos pusimos en contacto con el Socorro Rojo y lograron salir de España. Al poco tiempo, mi madre recibió una carta de sus «amigos asturianos» desde Francia, aunque ellos estaban en la Unión Soviética. A partir de la guerra ya no supimos más de ellos. Y yo creo que esta actitud de mi madre, una mujer comprometida, solidaria, entera, con una conciencia de clase poderosísima, fue en parte la responsable de mi posterior feminismo.

La Juventud Comunista crecía como la espuma en esos momentos. Eugenio vivía entonces en Vallecas (a la que llamábamos la «Rusia Roja») y él y yo, con otros camaradas, salíamos de madrugada para repartir manifiestos y pegar pasquines con denuncias contra la tortura. Ya nos conocían en las estaciones de Atocha y de Delicias. Yo todavía no había cumplido los diecisiete y siempre llegaba tarde a casa, imaginad lo que eso suponía para aquellos barrios chismosos. Más de una vez me he llevado dos bofetones de mi padre. La primera vez que me detuvieron tenía quince años. Fue durante una huelga general que se hizo en Madrid por la venida de los *rabassaires* catalanes. Una armería de la calle Alcalá no cerró, así que otros tres compañeros y yo cogimos unas piedras de una obra cercana y rompimos las lunas del escaparate. Ni que decir tiene que nadie lo entendió así y al día siguiente salimos esposados en la primera página del periódico: «Los asaltantes de la armería de la calle Alcalá». En 1935 me volvieron a detener, fue la primera vez que me juzgaron junto a Eugenio. Si me permitís una intimidad, yo siempre pensé que moriría viejita y de la mano de Eugenio, como murieron mis bisabuelos. A él nunca le conté esta historia, se la cuento en el libro en el que contesto a la carta que él me escribió desde la cárcel, poco antes de ser fusilado. Resulta que mi bisabuelo Juan se ahorcó por amor en un árbol. Sólo resistió cuatro meses la muerte de Nicanora, su mujer, mi bisabuela. Vivieron juntos más de cincuenta años: trabajaban juntos, comían juntos, se acostaban y levantaban igual, sin separarse. Eran feriantes y ponían sus puestos de almendras garrapiñadas, que el abuelo Juan garrapiñaba en su casa con sus manos. Por eso ni «mi tribu» ni yo dejamos nunca de ir a cuantas ferias podemos. Porque siempre nos parece que es un homenaje a aquel bisabuelo.

A Eugenio lo eligieron para el Comité de Madrid, él tenía una gran capacidad de dirección, las ideas muy claras y era muy buen orador, muy simpático<sup>6</sup>. La Juventud Comunista dio un cam-

---

<sup>6</sup> En *Querido Eugenio* (op. cit., p. 233), Santiago Carrillo recuerda que en un mitin de 1936, al fundarse la Juventud Socialista Unificada, Eugenio Mesón comenzó con la siguiente pregunta: «¿Dónde está Gil Robles? [...] Con esta sim-

bio, como si le hubieran quitado un apretado corsé. Eugenio preguntaba en lugar de ordenar, él pensaba –y yo también– que la juventud no podía ser como el Partido, sus ideales eran iguales, pero sus necesidades y su modo de vivir eran distintos. Se organizaron clubes donde tener momentos de diversión aparte de debates políticos y comenzó entonces el debate de la política unitaria de las dos juventudes marxistas, la antesala de la mejor organización de jóvenes que nunca más tuvo este país: la Juventud Socialista Unificada, la unión de los jóvenes socialistas y comunistas en una organización. Y llegó el 16 de febrero de 1936, las elecciones generales. Iba toda la izquierda unida y votaron hasta los anarquistas, que nunca lo hacían, pero, después de la experiencia de las elecciones de 1933, estábamos todos unidos frente a la amenaza del fascismo. El triunfo del Frente Popular nos hizo enloquecer de alegría, se empezaron a oír gritos de «¡Amnistía! ¡Amnistía!», riadas de gentes, con banderas y sin ellas, iniciaron el camino hacia la cárcel, que estaba en Argüelles; allí nos esperaba una carga de caballería. Allí mismo, Eugenio me dijo a voces: «Nos vamos a casar». Veíamos todos los caminos abiertos, pero las provocaciones fascistas eran continuas. El Gobierno republicano no sabía ver que el Ejército, la patronal y las organizaciones fascistas, desde el día siguiente al triunfo del Frente Popular, estaban boicoteando de manera visible para crear el caos por hambre y por terror a los tiroteos durante las manifestaciones por parte de los fascistas de José Antonio Primo de Rivera. Eugenio y yo nos casamos el 2 de mayo de 1936. Mi madre lo sabía, pero mi padre no, en esa época comenzó su separación definitiva, así que tuvimos que dormir en una pensión con el dinero que nos prestó un camarada. El día 3 había un pleno del Comité Central de la Unión de Juventudes Comunistas en el que los dos éramos delegados. Dolores Ibárruri estuvo, y como esa noche no teníamos dónde dormir, al marcharse, le dije: «Mesón y yo nos hemos casado, pero no tenemos casa donde dormir esta noche». *Pasionaria* se rió: «Que seáis felices, ahora me voy para Asturias, toma mi llave e id a mi casa. Volveré dentro de tres días». Pasamos mucha vergüenza en aquella cama, ¡la cama de Dolores! Ni que decir tiene que nos reímos mucho, pero de ahí no pasamos a otras «licencias».

No sé cómo, en medio de todo, teníamos tiempo para nosotros, la verdad, porque la situación era cada vez más complicada, el Gobierno republicano no quería ver el peligro que nos amenazaba, parecía que tenía más miedo al pueblo que a los fascistas. Casares Quiroga decía que eran más «los ruidos que las nueces». Las Juventudes estábamos movilizadas, hacíamos guardias hasta de veinticuatro horas, Eugenio y yo vivíamos con mi madre y mis hermanos. El 12 de julio asesinan al teniente Castillo, de la Guardia de Asalto y, en revancha, cuatro guardias de su compañía matan a Calvo Sotelo, diputado y portavoz de la derecha en el Parlamento. Era la espita que necesitaban: seis días después estalla el golpe militar. Cuando por fin se dieron cuenta de que eran más las «nueces que el ruido» ya era tarde. Eugenio y yo habíamos conseguido un piso en la calle Menéndez Pelayo ¡con puertas! Mi madre, otra vez, fue la encargada de organizar el traslado. Pero no pudimos disfrutarlo, Eugenio se fue a Vicalvaro a luchar con Lister. A mí no me dejaron ir porque estaba embarazada de tres meses, además había mucho que hacer en la retaguardia (organizar las comidas, los talleres, buscar casas para los refugiados...). Poco más tarde, Eugenio volvió a Madrid reclamado por la JSU, que necesitaba de su capacidad de organización. Aprovechábamos como no os podéis hacer idea cada segundo que podíamos estar juntos. A veces él llamaba de madrugada (¡sí, ya teníamos teléfono en Menéndez Pelayo!) y me avisaba de si iba a venir o no. El

---

ple pregunta Mesón había captado la atención de numeroso público, que apenas le conocía todavía, pero que percibía, en su parlamento vivo y directo, la aparición de un nuevo líder de la juventud madrileña».

mes de noviembre de 1936 jamás se me olvidará porque fue terrible: los golpistas envolvieron Madrid en un cerco de fuego, los milicianos los pararon desde los frentes de la sierra. Pero, como siempre, luces y sombras, dolor y alegría: también ese mes llegaron a la capital asediada las Brigadas Internacionales. ¡Qué difícil se nos hizo aprender alguno de sus nombres!, por ejemplo Dombrowsky, Belmulier, Nanetti. Había otras columnas que ya conocíamos, claro: Dimitrov, Togliatti, Thaelmann... Eugenio estaba entusiasmado, cuando vio a los cazas soviéticos, me abrazó: «¡Ya está aquí la Unión Soviética! ¡No podía ser que no ayudase a la República!». Todos lo estábamos, los golpistas se habían quedado con toda la aviación del Ejército y la llegada de ayuda suponía un avance importante, sobre todo teniendo en cuenta que los países europeos decidieron la «no injerencia». Pero el pueblo era diferente a la opinión de sus gobernantes, fue un momento hermoso de solidaridad. Aquellas gentes venían a defender a un pueblo que no conocían, se aprendían nuestras canciones, sabían que el fascismo nos amenazaba no sólo a nosotros, sino a todos. Vinieron cuarenta y dos mil. Aquí se quedaron enterrados diez mil<sup>7</sup>.

En enero de 1937 nació mi primera hija. Le pusimos Lina por Lina Odena, la única mujer de la Dirección Ejecutiva de la JSU, la mejor oradora de todo el país después de Dolores Ibárruri, y que murió cuando el general Queipo de Llano tomó Granada. Fue una gran pérdida para el Partido. Pocos meses después, tuve el primer gran dolor de mi vida, porque mi hija murió de meningitis antes de cumplir los seis meses. Otras veces había tenido miedo: por mi marido, por mi familia, por los camaradas. Pero esto fue diferente, era un dolor insufrible, nunca me he atrevido a hablar de ello hasta ahora y es para que nuestra niña, Lina Mesón Doña, no quede en el olvido: tenía un nombre, una madre, un padre y una familia que la adoraban. Ahora tengo una nieta que se llama como ella, Lina, y le encanta que yo le hable del origen de su nombre. Eugenio cayó enfermo y nos enviaron unos días de descanso a un pueblecito de Cataluña. Allí me quedé otra vez embarazada y un día que paseaba por las Ramblas, sola, vi a Dolores y corrí hacia ella. Me abrió los brazos diciendo: «¡Hemos tomado Teruel! ¡Teruel es nuestro!». Cuando notó que estaba embarazada, me preguntó: «¿Es el segundo?». Yo le contesté que sí, pero no le conté la muerte de Lina. Entonces Dolores me dijo: «Pues para luchar por la guerra no se pueden tener tantos hijos». Regresamos a Madrid, y yo comencé a dar unos cursillos acelerados en una escuela del Partido sobre la situación política y militar que vivíamos. El día 26 teníamos examen, pero a mí se me adelantó el parto y allí nació mi hijo, al que pusimos el nombre de Alexis por un acuerdo que tomaron los camaradas en asamblea, porque en principio queríamos que se llamase como su padre, Eugenio.

En marzo de 1938 se parte la zona republicana en dos por el corte de Cataluña; mi marido fue el responsable de organizar una conferencia provincial y hacer dos divisiones de jóvenes; aparecieron después los «trece puntos» de Negrín como base para una paz honrosa y digna. Los de la JSU fuimos los difusores de esos «trece puntos». Pero llegó marzo de 1939, Madrid era como una ciudad de ciegos, no podíamos dar las luces para evitar los bombardeos, Eugenio daba el día 4 una conferencia junto a Ignacio Gallego y yo pensé que, al terminar, volveríamos juntos a casa, pero no fue así. Él me dijo: «Tengo que irme. Alrededor de las doce estaré en casa». Eugenio me pidió un beso que yo le negué y nunca me arrepentiré bastante, porque pudo ser el úl-

---

<sup>7</sup> Los poetas comprometidos con la República dedicaron muy bellos poemas a los brigadistas (así «1936» de Luis Cernuda). Reproducimos aquí el último terceto de un soneto titulado *Al soldado internacional caído en España*, de Miguel Hernández, comisario de cultura en el frente y que, como Eugenio Mesón, fue encarcelado en la cárcel de Porlier: «A través de tus huesos irán los olivares / desplegando en la tierra sus más férreas raíces, / abrazando a los hombres universal, fielmente».

timo. Muy enfadada le respondí al oído: «Vete a la mierda». Fue la última vez que vi a Eugenio en libertad, a partir de ahí empezó nuestra pesadilla infernal. La Junta de Casado entregó Madrid y cientos de camaradas fueron detenidos. Eugenio y otros doce compañeros<sup>8</sup> fueron fusilados el 3 de julio de 1941.

Yo fui detenida y condenada a muerte en 1947. Después me conmutaron la pena (como «gracia» por la visita de Eva Perón) y pasé dieciocho años en la cárcel, pero contaros ahora eso resultaría demasiado largo, así que mejor lo dejamos para el año que viene<sup>9</sup>. Ahora, como al hablar de mi madre, Francisca Jiménez, os adelanté que ella pudo ser la causa primera de mi llegada al feminismo, me gustaría contaros como fue la toma de conciencia total. Al ser excarcelada, yo voy a París y estoy en París dos años. Un día, las camaradas francesas me dicen: «Vente a esta reunión de las *petroleras*» «¿Y qué son las *petroleras*?» «Las feministas, ¿es que no has oído hablar de ellas?» «¿Las feministas? Pero si eso está muy pasado ¿no? Si eran las sufragistas norteamericanas, italianas...» «No, no, las sufragistas fueron las primeras, pero ahora también hay feminismo». Yo, como era comunista, y los comunistas creíamos que el comunismo lo representaba todo, pues nunca había pensado en el feminismo, pero fui con ellas y recopilé material. Y cuando yo leo lo de aquellas mujeres, yo me digo: «Pero bueno, ¿cómo he creído que yo estoy emancipada?». Vivimos en un sistema capitalista, en un sistema en donde todos los hombres, comunistas y no comunistas, nos consideran inferiores y nos tratan como seres supeditados, aunque no se den cuenta, *aunque no se den cuenta ¿eh?*, porque yo no digo que sean conscientes de ello. Yo tengo una ideología, emancipadora, tengo una ideología revolucionaria: cambiar un sistema por otro. Y aquí tenemos ahora mismo uno de los mayores índices de asesinatos por violencia de género. Los hombres matan a las mujeres porque se quieren divorciar de ellos o porque no les son sumisas... Y nos matan. ¿Cuántas mujeres matan a hombres? Y todos los años hay más muertes por malos tratos que por el terrorismo de ETA. En fin, que desde que conocí en París a las *petroleras*, ahondé en el feminismo, porque me di cuenta entonces de que a mí me faltaba una pierna y yo ahora me voy a sostener quieta, me voy a sostener de verdad, firme: yo soy comunista y feminista.

Ahora, a una distancia casi sideral por los años transcurridos, por la evolución del mundo, que es todo lo contrario de lo que nosotros soñábamos y por lo que dieron la vida, desde este mundo desconocido para Eugenio, dominado por el imperialismo más poderoso, donde más de la mitad de los que pueblan la tierra viven en la pobreza, donde existen las clases, ¿cómo no!, esta anciana, que ha conocido a tanta gente buena y mala, imparcialmente dice que jamás ha tropezado con alguien tan puro y bondadoso como Eugenio Mesón, ni siquiera que se asemeje a él. Y que, de seguir viviendo, Eugenio seguiría luchando contra la injusticia, la explotación, la esclavitud y muchas cosas más. Queda una pregunta: ¿Mereció la pena su sacrificio? Cuando una se plantea ¿por qué son sacrificados millones de seres, los explotados, si generan la pobreza los poderosos? ¿Por qué más de la mitad de la humanidad es sacrificada sin pena ni gloria? ¿Por qué hay seres que mueren de inanición en silencio? Si te preguntas el porqué de tanta injusticia, la respuesta es que el sacrificio merece la pena.

---

<sup>8</sup> Guillermo Ascanio Moreno, Fernando Barahona Pérez, Manuel Bares Liébana, Raimundo Calvo Moreno, Domingo Girón García, Godofredo Labarga, Eugenio Mesón Gómez, Eladio López Povedo, Federico Manzano, Daniel Ortega, Germán Paredes García, Pedro Sánchez Vázquez y José Suárez Montero.

<sup>9</sup> Juana Doña murió el 18 de octubre de 2003. Desgraciadamente, no pudo continuar esta conferencia. Pero su experiencia en las cárceles fascistas está recogida en *Desde la noche y la niebla (Mujeres en las cárceles franquistas)*, Madrid, Ed. de La Torre, 1978 (reeditado en 1993).